

No hay emancipación de la mujer. La emancipación que nosotras mujeres libres, propiciamos, es social, netamente social.

NUESTRA TRIBUNA

La inferioridad mental de la mujer es una mentira teológica, repetida y propagada por todas las congregaciones religiosas y juristas.

Redacción y Administración:
JUANA ROUCO

QUINCENARIO FEMENINO DE IDEAS ARTE, CRÍTICA Y LITERATURA

SUSCRIPCIÓN
Semestre \$ 1.20
Número suelto .. 0.10

Los lobos de la felicidad

Nosotros existimos porque nuestros padres se han amado, y ellos se han amado, porque nosotros, en forma de «idea platónica» o atracción natural hemos creado el apasionamiento de ambos en una suprema aspiración de vida.

El genio de la especie que conoce el todo armónico posible de constituirse con dos seres de diferente sexo y los une por medio de la pasión, en bien del tercer ser que puede nacer de ambos.

Nosotros, pues, habemos también de amar a un individuo del sexo contrario, obedeciendo el impulso de esos ciertos hijos, que constituirán la futura generación, tanto mas bella y sana, cuanto mas perfecta sea la unión moral y física de nuestro ser con el otro.

Esto lo dice Schopenhauer declarando la vida como el «por qué» del amor. Pero es innegable que su verdad fisiológica resulta un tanto ingenua, cuando contempla con un poco de humanidad, la conducta de aquellos hombres que sin ser anormales ni estar enfermos, no sirven a la noble causa del amor, sino se hacen servir por esa causa los placeres efímeros, destruidores de las felicidades más legítimas.

Esos hombres degeneran la ley del amor en vicio sensual; casados o solteros, divorciados o solterones, viejos o jóvenes, lindos u horripilantes, excépticos o pesimistas, desdichados o cínicos, se convierten en raros mulsumanes sin serrallo ni fortuna. Ellos tienen continuamente la garra extendida hacia todas las mujeres jóvenes que tratan en las casas de familia, en el taller, en las oficinas, o pasan por su escritorio de «personaje influyente», solicitando algo que no es precisamente «amor».

Los excépticos no creen en la virtud de las casadas ni en la castidad de las solteras y consideran la aventura solicitada, como una de las tantas posiblemente «corridas» por esa persona; por otra parte no les interesa mucho la cuestión.

Los pesimistas que consideran la existencia como un mal, no respetan su teoría en el sentido de considerar un mal también a la mujer; tratan de atraparla con todo el amargor de las persecuciones, sin amor y sin espiritualidad. El conquistador por jactancia, se dedica a la caza por simple amor al arte de la mentira y por darse el placer (?) de declarar a voz en cuello que ninguna mujer se le ha resistido; esos son los que se convierten en sultanes cuando ocupan, por desgracia, un puesto desde el cual deben atender señoras y señoritas, directa o indirectamente.

El vicioso incontinente, aquél que sufre la obsecación de la mujer que pasa a su vera, sea cual fuere su estado, sea o no sea feliz, es un tipo que llega a la cobardía de la violencia con toda la aridez de su brutalidad.

EDITORIAL

LA RELIGION

Hubo un tiempo—que ya pasó a la historia—que la religión revistió un carácter puramente transformador y educativo para el espíritu humano, educación religiosa que se trocó en mística y cristiana, inyectando a la especie humana, en su total mayoría, a soportar las cosas *terrenales* con un estoicismo de esclavos.

De aquí, de esta educación a toda vista falsa, parte el principio de que tres partes de la humanidad se deje explotar humildemente, dócilmente, por una parte que nada produce, que vive en continuo festín y que diariamente trata de oprimir a los que se ganan el pan con el sudor de su frente.

La incubadora de la desigualdad social es la religión Católica Apostólica Romana y sus religiones similares que bendicen la explotación mas abyecta que tiene por norma esta bella sociedad *civilizada*, y rechinan, abomina, a los que se rebelan contra esa explotación sistemática y legalizada por la Iglesia y por el Estado.

¿Qué misión cumple la religión actualmente, en pleno siglo XX? La tarea odiosa de poner coto al libre pensamiento, aprisionarlo entre sus claustros; la misión poco *virtuosa* de bendecir el crimen y la guerra, ya que no ataca ni combate estos males, esta gangrena social; la misión poco *cristiana* de predicar desde el púlpito el odio a los «semejantes» que no conuigan con doctrinas abstractas y amalgamadas en la falsía depravada y el engaño funesto; la tarea delicada de dogmatizar la vida, haciendo del amor un burdo engaño, un sacrilego pecado, y del trabajo, honrado y fecundo, un interminable castigo que pesa sobre las laceradas espaldas de la humanidad, como una cruz espantosa?

¿No es ésta la misión que hoy cumple la religión?

¿No es ésto lo que diariamente practican los *ministros* de Dios, los buhos de sotána?

¿Qué la religión no bendice el crimen? Ahí está fresquita, en la vieja Europa, la hecatombe guerrera y los trágicos sucesos—por todos conocidos—de la Patagonia Argentina, y otras tragedias horrorosas que se sucedieron en el curso de la historia, negra y nefanda para el clero mundial. ¿Qué hizo la religión para que las grandes guerras no se sucedieran, para que las grandes tragedias no encontrasen eco en la humanidad oprimida? Nada, absolutamente nada; por el contrario, ha contribuido a impulsar estos males, los ha bendecido.

¡Juzgar la obra nefasta que la religión ha hecho en la humanidad, es tarea digna de todos los que luchan para que el globo terráqueo no sea un *valle de lágrimas*, y sí un mundo de amor y de alegría!

Que nadie se asuste, pues, que la religión *Romana* y sus *similares*, marchan a toda electricidad a estrellarse en los más hondos abismos de su funesta obra y de sus horrendos crímenes.

La mujer, en la que hasta ayer cifró la religión todas sus esperanzas para mantener incólume todas sus trapisondas, hoy abre sus ojos a la realidad de la vida y del momento histórico que vivimos, no estando más dispuesta a ser instrumento y sostén de la iglesia, del cura vicioso é inmoral y del confesionario que pervierte los mas puros y sanos sentimientos de las doncellas, haciendo que éstas practiquen una sexualidad viciosa, despertando sus instintos para los placeres más refinados de la «tentación de la carne», que tanto abominan los célibes de la iglesia.

La religión se vá, se extingue, se muere. Las mujeres, hasta ayer, cresas ignorantes, eran su sostén más directo; hoy le hacen el vacío. Nuestra impenitente propaganda, nuestra obra de cultura y de emancipación, de liberación y de libertad, jamás escatimó sacrificios para ilustrar a la mujer y hacerla compenetrar de su verdadero rol que debe desempeñar en la vida, como mujer y como madre.

No olvidar que la religión es uno de los más poderosos baluartes del capitalismo, y por ende, una potencia que trata de poner una muralla a nuestras sublimes aspiraciones de libertad humana.

Nuestros más ciertos ataques, entonces, deben dirigirse a ese baluarte de obstrucción para el progreso y de obscurantismo para la humanidad.

Cesen las mujeres de ser instrumentos de la iglesia y de los curas, falsos apóstoles de la religión, y ésta sucumbirá para siempre en la negra historia de su existencia.

¡Aprestémonos, entonces, todas las mujeres, a dar el golpe mortal a ésta Hidra de cien cabezas: la religión!

El desilusionado, el que lleva un fardo de arrepentimiento amoroso en el alma, o ha derrochado el tesoro de su fé en el amor, vé su rehabilitación en cualquiera y en todas las mujeres habladas o vistas. Vá a ellas como un alucinado, a sacudirlas con su repugnante calamidad y al no encontrar el agua apetecida, la busca en otra y en otras más.

Estos son los lobos de la Felicidad, los que asaltan la alegría de los enamorados, la serenidad de los esposos, la ternura de las madres y la ingenuidad de las inocentes. Son los lobos de la Felicidad, porque ahí, donde los ven, preparan el ataque brutalmente sólo para satisfacer una pasajera necesidad fisiológica, haciendo nacer en unos, la discordia, en los otros, los celos; sembrando allá el terror, aquí la malicia y la corrupción.

«El amor—dice Schopenhauer—no se contenta con un sentimiento recíproco, sino que exige la posesión misma. Por el contrario sucede que no pudiendo ser pagados con la moneda del amor recíproco, gentes muy enamoradas, se contentan con la posesión».

Ante todo, debemos convenir en que los lobos de la Felicidad, no están ni remotamente enamorados de sus víctimas, ni les interesa el amor recíproco, lo único que desean es la posesión, el placer.

Lo sentido por ellos no puede clasificarse ni de «amor vulgar», por cuanto éste busca cuando menos, salud, fuerza, belleza; y ellos no retroceden ante el raquitismo y la fealdad: les basta la figura de mujer.

El concepto de que el hombre es polígamo por naturaleza, tampoco atenúa esta falta de moralidad, por que ella es el punto diametralmente opuesto a la fidelidad vitalicia y un tanto problemática que exigen a los hombres amados, las mujeres muy enamoradas...

«En la Naturaleza, dice el filósofo alemán para alcanzar su fin,—la conservación de la especie embauca al individuo con una anagaza en la cual vé como un iluso, su propia ventura, en lo que en realidad solo es el bien de la especie». Esto será así en las bestias que tienen su época de celo en la cual trabajan únicamente para la conservación de la especie, pero en los hombres no es, ni mucho menos: ante todo, no ven como ilusos su ventura porque van conscientes a ella y por ella única y exclusivamente. Iluso sería quien considerara estas realidades estériles como el bien de la especie humana.

El individuo no es en estos casos un esclavo de la Naturaleza que cree satisfacer sus propios deseos, al contrario, la Naturaleza es una esclava profligadora inconsciente de órganos y funciones para la satisfacción de los deseos venales del individuo.

Los deseos no son instintivos, son viciosos porque el instinto nos guía a la elección seria y prolija de la persona a quien se ama y ó a la posesión de la cual se